



## PRIMERAS LECTURAS

**E**rased una vez una casa de campo que tenía varios pisos y albergaba una numerosa familia, años 60, llanura castellana en la Cuenca del Duero. El hermano mayor, predecesor en muchas cosas, entre ellas la lectura, fue quien me prestó libros de Galdós (en concreto, *Tormento*); Larra (*Vuelva usted mañana*); Gorki (*La madre*, inevitablemente), Tolstoi (*Resurrección* fue un título mítico, sentimental y romántico). J. era alto y delgado, con barba a partir de aquella época, gafas de pasta y rostro de nariz aguileña, alguna costura fruto de accidentes de coche...

De sus aventuras se podría escribir un volumen. Desde bajar de un séptimo piso balcón a balcón, ide noche!, hasta su práctica como abogado defensor de estudiantes y obreros en Madrid o Valladolid. Pero estaba dispuesto a ir a la cárcel para ver a sus clientes o amigos, o a asumir la defensa de anarquistas armados, obreros de la construcción o estudiantes procesados (y en algún caso torturados).

*“Su autora favorita era Agatha Christie, de quien tenía muchas novelas en ediciones de bolsillo”.*

De aquellos autores primeros, que sucedieron a los *Cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving, que rondaba por casa y debió ser mi primera lectura “seria”, todos me gustaron, desde *Tormento*, que luego fue seguida por otras novelas de Don Benito, a Gorki y Tolstoi, que fueron quizá los que me

entusiasmaron. Luego llegaron *Guerra y paz* o *Ana Karenina*. Delibes era el maestro al que cualquiera hubiese querido imitar. Y Umbral era su escudero, tan genial como egocéntrico, el que a todos nos gustaba leer por su sentido del humor y su mala uva.

Leí *Estructura económica internacional* a base de alguna copa de coñac para pasar los tramos difíciles. También leí a Isaac Deutscher, en *Rusia después de Stalin*, que me encantó e influiría en mi futuro. Recuerdo la lectura más tardía –y más compleja– de la *Historia de la Rusia soviética*, de E. H. Carr. Preparaba la asignatura de Historia del Arte en las noches de verano, con un manual de mi hermana C. Lleno de imágenes y fotografías. No sabía estudiar, aunque ya leyese algo, y cada vez más.

*“Mi madre, además de aficionada a la lectura de novelas y biografías más o menos románticas, era también autora de cartas a mi padre durante la guerra civil”.*

Aquella casa era fresca, ideal para el verano, pero una vez llegada la segunda mitad de agosto llovía y bajaba la temperatura. Sardón se volvía triste, se llenaba de grandes charcos y las tardes interminables de julio se hacían más sombrías y la noche llegaba mucho antes. Para subir al primer piso, había que tomar una escalera de madera clara que crujía al soportar los pasos de los habitantes de aquella casa en cierto modo mágica. Dormir solo allí ya era una proeza. Para contribuir, había un zorro disecado en el descansillo de la escalera, que

con su mirada fiera asustaba un poco a los niños.

Ocupaba un pequeño espacio (mayor en Valladolid) la biblioteca de mi madre, aficionada a la lectura. Su autora favorita era Agatha Christie, de quien tenía muchas novelas en ediciones de bolsillo. Venía luego Blasco Ibáñez, muy representado también; Mika Waltari, finlandés autor de *Sinuhé el egipcio* y otras novelas no tan conocidas; biografías de reyes y reinas. Con posterioridad, sabríamos que mi madre, además de aficionada a la lectura de novelas y biografías más o menos románticas, era también autora de cartas a mi padre durante la guerra civil. En sus cartas, mi madre contaba cómo eran Pucela y Sardón en aquel entonces, con sus ocupaciones y diversiones, la Granja, su familia y la de mi padre (las abuelas Juana y Pilar, el abuelo Rafael, mi tío Pepe –su hermano y compañero de submarino de un tal Miguel Delibes, y también de partidas de cartas, al parecer–). En sus misivas, mi madre hablaba del parque del Poniente, en donde quizás mi padre y ella se viesan antes de la contienda; de Pipo y Pipa (figuras que, si subsisten, es con mutilaciones); del Campo Grande y la Acera Recoletos; de los teatros y cines de la época... Aquella preciosa casa en donde se encontraron sus cartas, pasó a la historia para nosotros. Para mí, Sardón de Duero tiene un sabor agridulce: el de la infancia y comienzo de la adolescencia hasta 1980 y algo, y el desalojo por unos golpistas que se metieron en ella como antes hubo quien la ocupó o “visitó” sin estar invitado.

*“Delibes era el maestro al que cualquiera hubiese querido imitar. Y Umbral era su escudero, tan genial como egocéntrico, el que a todos nos gustaba leer por su sentido del humor y su mala uva”.*

Desde la habitación de la abuela, se veía la zona de la fuente, el río y el pueblo. A veces se oían las campanas de la iglesia, sobre todo los domingos, por la mañana, anunciando la misa. Una de mis últimas lecturas en aquel lugar fue *El túnel*, de Ernesto Sábato. Y después, sobre todo de novela y ensayo, y en especial de historia. Me encantaban Lorca y Valle-Inclán, luego tan representados; Brecht como poeta (*Poemas y canciones*, una especie de biblia para progres)... Si Albert Camus hizo estragos en la novela con *El extranjero* y *La peste*, Jean-Paul Sartre escribió teatro también (*Las manos sucias*), novela más floja que el argelino y ensayo (sobre política, filosofía, arte o literatura). En cuanto a Alejo Carpentier, cubano, recuerdo con placer la lectura de su gran novela *El siglo de las luces*, sobre el Haití de la esclavitud y la Ilustración. ▴

\*Eduardo Alonso Franch es exjefe de sección en la Biblioteca de Filosofía de la UVA



## Ocho historias basadas en hechos reales Llenas de aprendizaje y superación

En *Todas las historias acaban hablando de amor*, Emma Trilles nos transmite con toda cercanía el día a día de una consulta psicológica, a través de ocho historias vitales, basadas en hechos reales, encuentros y desencuentros, amor y desamor. Un libro de divulgación lleno de color y de sentimiento.

Rústica con solapas  
Formato: 150x230mm  
ISBN: 978-84-947113-2-9  
Páginas: 210  
PVP: 16€  
IBIC: VS VFV VSP



**Batidora**  
ediciones  
libros para una vida mejor